

fabuloso acompañamiento de saxo, contaba la historia del grupo de travestis reunidos en torno a Andy Warhol, se convirtió inmediatamente en un «hit» mundial. Gracias a ello, la publicidad exhumó el cadáver del Velvet Underground, y la máquina del «gay rock» tomó nuevas fuerzas. La industria discográfica necesitaba una nueva mitología que lanzar al mercado tras la separación de los Beatles, y los mismos jóvenes la necesitaban también, pues la asimilación por el sistema establecido de sus mitos anteriores era demasiado evidente. Reed y David Bowie, juntos, abrieron las puertas a mil y un grupos que empezaron a cantar con voz de falsete, a pintarse los ojos y a usar trajes de señora. Nació una nueva moda, surgida —como todas— de un fenómeno honesto y real: la búsqueda de una liberación de las trabas sexuales, el rechazo a una sociedad machista y patriarcal.

Reed es, como todos los cantantes «pop», una imagen catártica, una figura mitológica —Dionisos Zagreo, el despedazado— encarnada. Su apariencia de chulito neoyorquino —pantalones vaqueros usados, camisa negra, zamarra de cuero—, su maquillaje expresionista, que hace pensar en el sonámbulo asesino del «Doctor Caligari»; sus gestos, que oscilan entre la brusquedad y el amaneramiento... todo ello responde muy bien a lo que son —o a como se ven— sus espectadores, los desengañados que no han encontrado los paraísos que buscaban en Marrakech o en Katmandú, y han tenido que volver al infierno ciudadano de suburbios y discotecas, marginados ya para siempre. Con una voz desgarrada, a medio camino entre Edith Piaf y Lotte Lenya, Reed nos cuenta un mundo que no es maravilloso: calles frías al amanecer, chulos que ligan en los urinarios, policías que no aceptan flores... Sus can-

ciones son poemas de un folklore urbano que ya hacía —salvando las distancias estilísticas— Carlos Gardel en sus tangos. Sus poemas de la degeneración neoyorquina, del frío desamor de la gran ciudad, cuentan algo que nos está ocurriendo a todos en Nueva York, en París o en Barcelona. Exponen el fracaso de una sociedad que vende heroína del mismo modo que vende electrodomésticos porque no puede proporcionar auténtico bienestar, sino sustitutos mortíferos de éste.

Reed actuó en Madrid los pasados días 21 y 22 de marzo. En ambas ocasiones, el público fue escaso, lo que se puede explicar por el elevado precio de las entradas —400 pesetas— y por la mala organización de los promotores. El cantante se encontraba enfermo —excesos...— y malhumorado por la vigilancia monstruosa que su «manager» ejercía sobre él. Se había pasado todo el tiempo encerrado en la jaula dorada de su «suite» del Meliá Madrid, sin poder salir a la calle más que para tocar. Actuó sin entusiasmo, como ensimismado: le tuvieron que llevar al es-

cenario a rastras porque casi no podía moverse. Sin embargo, tanto su voz como sus pocos gestos —contenidos, crispados— resultaron francamente estremecedores. Lejos del gran espectáculo de David Bowie o de los Stones, sin desmadres eróticos, consiguió transmitir la absoluta verdad de su máscara. Se notaba una sinceridad básica y absoluta en lo que estaba haciendo. Gran parte del público asistente, sin embargo, no lo entendió muy bien. Esperaban otra cosa, quizá una decadencia más visible —un «rock and roll» más agitado. Le gritaban «¡Estás dormido!» y cosas por el estilo. Iluminado con focos verdes, amarillos y ultravioletas que acentuaban su palidez de cadáver, hizo Lou Reed una recreación de viejos temas suyos —«Berlín», por ejemplo—, que demostró que a pesar de sus muchos «handicaps» físicos, es un creador todavía en plena posesión de sus facultades, y de quien se debe esperar —si no muere antes, comido por la heroína— una obra musical y poética que superará a la de Bob Dylan. ■ HARO IBARS.

Lou Reed.



TELEVISION

Los cinéfilos

Son ya varios los reportajes que sobre el mundo del cine vienen emitiéndose con cierta regularidad en el Segundo Programa de Televisión. Hace unas semanas comentábamos la coherencia y la inquietud de la «Revista de cine», que dirigen José Manuel Fernández y Antonio Cardenal. Esporádicamente, la «Página del viernes», que también se emite en el Segundo Programa a última hora de la noche, dedica parte de su espacio a la cinematografía, tratando igualmente de encontrar las cuestiones más vivas y polémicas. Así, la última semana, un programa realizado por Puértolas y Sousa incidía en uno de los grandes problemas del cine español a partir de ese supuesto ambiguo del «cinéfilo»; comenzando con la descripción «biológica» de ese fervoroso amante del cine, el programa rápidamente se enfocaba hacia la gran dificultad que tanto ese animal «que vive del cine y para el cine», como el ciudadano que sólo quiere encontrar en las salas de proyección los elementos culturalmente vivos a que tiene derecho, encuentran en su desarrollo: la censura. Cuestión ésta que obliga a unos y a otros a dirigirse hacia las ciudades colindantes con las fronteras españolas para conocer ese cine que aquí se les prohíbe. Y, naturalmente, allí fueron también los realizadores de este programa que comentamos. De esta forma, «Página del viernes» ofrecía un documento vivo, televisivamente ejemplar, que, combinando testimonios directos, fragmentos de películas y datos científicos, cabría una definición profunda y adulta sobre ese elemento del cine al que se ha dado en llamar «cinéfilo». ■

LIBROS

ANTONIO MACHADO, José María Valverde. Siglo XXI. EN EL OTRO COSTADO, Juan Ramón Jiménez. Edición de Aurora de Albormoz. Júcar. REQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL, R. J. Sender. Destino. EL FUTURO DE LA NOVELA, Henry James. Taurus. PAREJAS, J. Updike. Júcar. HISTORIAS DE ALMANAQUE, Bertolt Brecht. Alianza. EL TEATRO DE IBSEN A BRECHT, R. Williams. Península. HISTORIA SOCIAL DEL TEATRO, M. Berthold. Labor. EL CINE DE ALLENDE, F. Bolsoni. Fernando Torres. LA FILOSOFÍA MORAL CONTEMPORÁNEA, W. D. Hudson. Alianza Universidad. JAURES, M. Auclair. Grijalbo. LA DEMOCRACIA ATENIENSE, R. R. Adrados. Alianza. ORIGEN Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO ESPAÑOL, J. L. García Delgado. Cuadernos para el Diálogo. FE EN LA TIERRA, Alfonso C. Comín. Desclée de Brower.

CINE

Madrid

JUEGOS DE NOCHE, de Zetterling (Alexandra). AMARCORD, de Fellini (Galileo-Drugstore). LA MUJER DE JUAN, de Bellon (Palace). BELLE DE JOUR, de Buñuel (Pompeya). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, de Armiñán (Azul). BANANAS, de Allen (Espronceda, sesión de noche). CORAJE, SUDOR Y POLVORA, de Richards (Oporto-Roma). CHINATOWN, de Polanski (Paz). HABLA, MUDITA, de Gutiérrez (Goya-San Diego). LOS NUEVOS ESPAÑOLES, de Bodegas (Luchana-Torre de Madrid-Richmond). EL PEQUEÑO SALVAJE, de Truffaut (Dúplex, sala 2). ¿QUE OCURRIÓ ENTRE MI PADRE Y TU MADRE?, de Wilder (San Carlos). EL SEDUCTOR, de Siegel (Quevedo). TAL COMO ERAMOS, de Pollack (Vista Alegre). VERANO DEL 42, de Mulligan (Coliseum). LA VIUDA COUDERC, de Granier Deferre (Riviera). FILMOTECA NACIONAL: Véase programación diaria.

Barcelona

EL ESPIRITU DE LA COLMENA, de Erice (Ars). UN SABOR A MIEL, de Richardson (Ars). JUEGOS DE NOCHE, de Zetterling (Arcadia). AMARCORD, de Fellini (Maryland). LA MUJER DE JUAN, de Bellon (Moratin). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, de Armiñán (Cataluña). LA CONVERSACION, de Ford Coppola (Diagonal). CHANTAJE CONTRA UNA ESPOSA, de Losey (Barcino). CHINATOWN, de Polanski (Vergara). GRITOS Y SUSURROS, de Bergman (Diana). LOS NUEVOS ESPAÑOLES, de Bodegas (Alexandra). VERANO DEL 42, de Mulligan (Fantasio). LOS VISITANTES, de Kazan (Lido). FILMOTECA NACIONAL: Véase programación diaria.